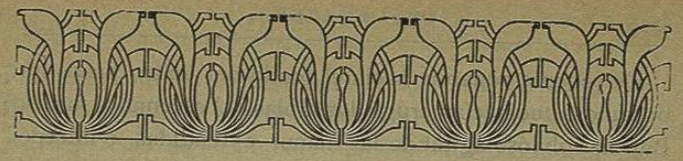


VI

LA Marquesa de Villasis tardaba, eran ya las tres y media, y el respetable Butrón sentía angustias de muerte, temiendo verse por segunda vez chasqueado por la dama. Con el ojo pegado al agujerillo del telón, disimulaba su mal humor y sus temores, por no exponerse á las machaconas observaciones del Sr. Pulido, mientras observando éste por el otro agujero, se afirmaba más y más en los suyos, ofreciendo ambos al que entraba por el fondo del teatro, un espectáculo original y extraño en demasía. Hallábanse los agujeros bastante bajos, por estar disimulados en el lado opuesto entre el bordado del escudo, y hacíase preciso para observar por ellos, ponerse en cuclillas, posición harto molesta, muy semejante, por no citar otras, á la que usan los salvajes de Ohio para deliberar en el consejo. Ovidio no refiere si el enamorado Píramo se ponía en actitud tan cómica, cuando buscaba en la muralla una hendidura por donde contemplar á Tisbe; si así era, fortuna tuvo el galán en no ser visto por la dama.

De repente sonaron hacia el fondo del teatro pasos importunos, que hacían crugir las tablas del escenario: furioso Butrón volvióse agitando las manos extendidas, é interpelando en colérico *sotto voce* al imprudente, como al bueno de Kent el rey Lear:

—Despacio, demonio, despacio!...

Era el tío Frasquito, que llegaba atropellando la consigna de no permitir la entrda en aquel recinto, apresurado y ansioso por ver lo que pasaba en el congreso femenino, luciendo una corbata vistosísima, prenda hermafrodita en que profundos observadores suelen encontrar, reflejado con frecuencia, el carácter moral del individuo. La del tío Frasquito era la corbata de Gran Maestre de los micos de Currita, de seda azul japonesa, sujeta coquetamente con el alfiler de una sola perla. Habíale encargado la Albornoz venir á buscarla á casa de Butrón, para darle sin pérdida de tiempo sus primeras disposiciones de Presidenta.

Hizo el recién venido al diplomático mudas señas de que no se molestase, y renegando Robinsón por lo bajo, volvió á su observatorio, encargando disimuladamente al Sr. Pulido, que saliese á repetir á los criados la rigorosa consigna. Mas temeroso éste de que le usurpara su puesto el intruso, hízose el desentendido, dejando abierta la puerta á la mayor calamidad que por ella pudiera entrarse.

Mientras el tío Frasquito buscaba en vano otro agujero, y decidíase, no encontrándolo, á abrirlo él mismo disimuladamente con un cortaplumas, una gran sombra apareció en el fondo de la escena, deslizándose muy despacito, con el cuerpo agobiado, los pies arrastrando, la mano extendida... Era Diógenes, el cínico Diógenes, que al ver á los tres personajes pegados al telón, vueltos de espalda y puestos en cuclillas, detúvose un momento dajando escapar una risa silenciosa, risa de chacal, risa de hiena, que de verla el tío

Frasquito hubiera sentido erizarse los pelos de su peluca. Cruzóse de brazos, movió de arriba abajo la gran cabezota, y desapareció sigilosamente por entre los bastidores, metiéndose luego por debajo del escenario como un nihilista que se zambulle en el centro de la tierra para fraguar siniestros proyectos...

—¡La Villasis! ¡La Villasis!—susurró en aquel momento Butrón con aire de triunfo; y pegó al punto el ojo al agujero, para no perder ningún incidente de la escena que iba á seguirse.

La Marquesa entraba, en efecto, causando su presencia un movimiento general de sorpresa, seguido de un murmullo prolongado que disipó las angustias de Butrón, hizo sonreir triunfalmente á la de Bara, y morderse los labios á Currita, adivinando desde luego una rival, la mas temible, porque era la más detestada. En la conciencia de todas las señoras presentes brotó al mismo tiempo la idea de que aquella era la llamada á ser la Presidenta, porque á todas se imponía la Marquesa por diversos conceptos; las sensatas y honradas miraban en ella el tipo de la gran señora de virtud y de prestigio, digna y afable, que firme en sus convicciones en medio de una sociedad frívola y corrompida, imponía sobre todos, callando siempre, la poderosa crítica del buen ejemplo. Las otras, más ligeras ó menos honradas, veían sin embargo en ella la mujer de talento, la dama de gran nombre, de riquezas inmensas, de carácter firme é independiente, que sin prescindir jamás de las justas conveniencias que exige un rango elevado, sabía sacudir toda imposición que repugnase á su conciencia ó á su decoro, constituyendo así lo que admiran tanto las medianías rutinarias, que solo saben copiar lo que halaga la vanidad ó seduce el instinto: un tipo original, genuinamente noble, digno y honrado.

Algunas, ignorando, como ignoraban todas, excepto la

Butrón y la de Bara, el modo como había de nombrarse la junta, dejaron escapar la idea entre sus misteriosos cuchicheos, y la señora de Martínez, con ingenua sinceridad, algún tanto lugareña, soltó esta frase, que hubiera provocado en otra ocasión las crudas sátiras de la de Bara:

—¡Esa sí que es una Marquesa de veras!...

María Valdivieso, con su falta de tacto acostumbrada, inclinose hacia Currita como para quitarle una pelusilla que desperfeccionaba el complicado lazo de las bridas de su sombrero, y le dijo muy bajo:

—¿Eh?... ¿Qué tal?... Con esta prójima no contábamos... ¿Te inquieta?...

Irguióse la otra como una Juno á quien dijeran que la ninfilla más patimondada del Olimpo iba á sentarse en su carro tirado por pavos reales, y contestó desdeñosamente:

—¿Á mí?... Jamás me ha merecido ni un bostezo, que es el último de los gestos despreciativos...

También la Marquesa de Villasis hacía sus observaciones. Tendió la vista por la sala, y pudo contemplar desde luego el Madrid heterogéneo de siempre, en que la virtud y el vicio se mezclan en amigable consorcio, representando la historia eterna de la manzana podrida que comunica á las sanas su podredumbre y sus gusanos, sin tomar de ellas ni el sabor exquisito, ni la fragancia saludable; la indecorosa y dañina mescolanza de grandes nombres y grandes vergüenzas, honras sin tacha y reputaciones escandalosas, revestidas todas con el mismo brillante barniz de formas elegantísimas, barajadas y confundidas por el mismo apetito ciego de placeres, por los mismos impulsos necios de vanidad, por el mismo afán irresistible de sacudir el ocio, de distraer el tedio, espantosa y continua tentación de los grandes y de los ricos, que les arrastra á todas sus extravagancias, y les lleva á todos sus extravíos.

—¡Señor! —pensaba la dama—¡Qué grande obra sería la de deshacer esta mescolanza que repugna, que envenena, que liberta al vicio de toda sanción social que le marque la frente como con una señal de infamia, y lo contenga, ya que no con el temor de Dios, con lo vergüenza al menos y con el respeto humano; que familiariza con el escándalo hasta á las conciencias más rectas, y destruye la poderosa barrera de horror y de extrañeza que debe separar al bueno del escandaloso, y comenzando por hacer á éste tolerable, acaba por hacerle pasar por imitable!... ¡Qué grande obra haría quien con el mismo espíritu de caridad cristiana con que se fundan asilos para huérfanos y casas de refugio para doncellas en peligro, fundase *un salón* para mujeres *honradas* y hombres *decentes,* en que sin riesgo alguno de mal ejemplo pudiese encontrar la juventud las justas, legítimas y aun necesarias distracciones propias de sus años; hallar sin desvergonzada levadura, ese trato señoril y digno á la vez que alegre y placentero, que afina y suaviza las inclinaciones del hombre, fortalece y alecciona las de la mujer, y fomenta el trato mútuo y el mútuo conocimiento de que brotan castas simpatías, germen de puros y tranquilos amores, que sirven de base solidísima á matrimonios felices y meditados, de que nacen luego familias cristianas y ejemplares!... Y la caridad, la caridad derivada del cielo, única santa y legítima, que todo lo ve con sus ojos de lince, que todo lo abarca con su actividad insaciable, que todo lo precave con su perspicacia amorosa, y no deja dolor sin alivio, ni pena sin consuelo, ni llaga sin remedio, ¿no se ha fijado nunca en esta úlcera gangrenada?... ¿Acaso es más digna de lástima la pobre labriega, la infeliz criada de servicio, que el abandono precipita en un lodazal de escaleras abajo, y salva la caridad en una casa de refugio, que la encopetado señorita, la rica heredera que un abandono dis-

tinto sólo en la forma, precipita del mismo modo en otro lodazal de salones adentro? ¡Y pensar que no es tan difícil el remedio como á primera vista parece, que bastaría quizá que una mujer de prestigio y de energía, cerrando los oídos á indecorosos respetos humanos y á culpables condescendencias sociales, fundase por amor de Dios un *salón de refugio*, lanzando á los cuatro vientos de la alta sociedad madrileña, por toda esquela de convite esta estupenda noticia: «La Marquesa tal, ó la Duquesa cual, se queda todas las noches en casa, para las señoras honradas y los caballeros decentes!...»

Y cuando algo muy hondo, pero muy claro y distinto, le decía á la Villasis en el fondo de su conciencia, que ella podía y aun debía ser aquella tal Marquesa ó aquella cuál Duquesa, vino á distraerla de sus extrañas reflesiones la voz de Genoveva Butrón, que dando ya por reunido el congreso femenil, comenzaba á exponer el objeto de aquella junta.

La Marquesa ateníase en sus palabras á la pauta trazada de antemano por Butrón, evitando con habilidad suma los puntos escabrosos y las mentiras gordísimas marcadas por el diplomático; hablaba muy despacio, con sencillez exenta de toda pedantería, y el aplomo y la seguridad que dan á las personas nacidas y criadas en altas esferas, el trato continuo de gentes y la conciencia de su propia grandeza. Butrón, en cuclillas delante de su agujero, seguía con el alma en un hilo el discurso de su mujer, extendiendo las manos y llevando el compás como un director de orquesta que dirige una partitura, ó como un magnetizador que desprende de sí con extraños pases el misterioso fluído. Quedó bastante satisfecho.

La miseria en que yacían los infelices soldados heridos en la campaña del Norte era grande y dolorosa, y debía precisamente despertar en el corazón de todas las señoras

españolas los sentimientos más compasivos... Por eso habíase atrevido ella, la Butrón, á citar á todas las presentes para pedirles por amor de Dios y compasión hacia aquellos infelices, que uniesen sus esfuerzos para socorrerlos, formando una asociación de señoras que, propagada por todas las provincias, pudiera allegar cuantiosos recursos para este objeto.

Á esto se redujo la primera parte del discurso de la Marquesa, que fué escuchado con religioso silencio. Hubo una pausa en que las diversas fracciones se miraron unas á otras, alerta todas, silenciosas, con la solemne expectación de ejércitos enemigos que esperan para venir á las manos, el sonido de la primera descarga.

La Baronesa de Bivot, el bizarro Zumalacárregui rompió el fuego la primera, con la certera puntería de la lógica más exacta.

—El pensamiento no puede ser más caritativo ni más santo, y supongo que merecerá la aprobación de todas estas señoras, como merece la mía—dijo echándose lentamente fresco con el abanico.—Pero debo hacer notar, que en la campaña del Norte hay dos ejércitos *españoles*...

Y la pícara vieja acentuaba lo de *españoles*, con una ambigua risita, que hacía saltar á Butrón detrás de su agujero...

—...Uno del Gobierno y otro carlista: en los dos hay heridos, y en los dos hay miseria... Supongo, por lo tanto, que esos recursos que se alleguen, se dividirán en dos partes iguales; una para los heridos del Gobierno, y otra para los carlistas...

Silencio sepulcral en toda la sala, y saltos nerviosos de Butrón, que bufaba fuera de sí en su escondite.

—¡El demonio de la vieja!... ¡Pues no faltaba más!... ¡En eso estaba yo pensando! ¡En que con los fondos de mi

asociación comprasen fusiles los carlistas!... ¡Y la estúpida Veva se calla!... Contesta, Geno, demonio: contesta que no, que se vaya si quiere, que no saca de aquí un ochavo... ¡La denuncio primero!

Aturdida la Marquesa no contestaba en efecto, porque ninguna respuesta tenía aquella lógica observación, tan oportuna é inesperada. La Villasis, compadecida de la angustia de su amiga, acudió al punto en su auxilio.

—La Baronesa tiene mucha razón—dijo—pero sin duda no se ha fijado en un inconveniente insuperable... El Gobierno permitirá sin duda que se repartan en el ejército toda clase de recursos; pero imposible es que tolere el pase de dinero alguno para los carlistas... Por eso la asociación tendrá que limitarse á socorrer á los heridos del ejército, dejando que secretamente acudan todas las que quieran, al socorro de los carlistas...

Y dirigiéndose á la Baronesa, añadió con significativa sonrisa:

—Supongo, Baronesa, que V. conocerá bien el camino, pero si alguna no lo conoce, yo puedo indicarle un medio muy seguro, por donde enviar socorros á esos infelices, que no están menos necesitados, ni son menos dignos... Yo tengo tirado ya mi plan; la mitad de lo que pueda dar, lo entregaré á Genoveva, la otra mitad la enviaré por este conducto de que hablo á los carlistas...

¡Bonito se puso Butrón! Á las primeras palabras de la Marquesa, respiró con fuerza, murmurando: No está mal el remiendo. Mas cuando vió por el giro que daba la dama á su respuesta y por el plan que exponía, que no era una estratagema la que usaba, sino un verdadero proyecto que podían imitar otras muchas, saltó fuera de sí muy incomodado, gruñendo entre sus bigotes puestos en punta:

—¡Demonio... demonio... demonio!... Si el remedio es peor que la enfermedad, si lo echa todo á rodar con eso... Se lleva la mitad, nos lo quita, nos lo roba...

El señor Pulido, con su flemática suavidad, díjole entonces:

—Descuida, Pepe... pocas darán si hay que dar en secreto...

El valiente Zumalacárregui, parado en firme con la réplica no menos lógica de la Villasis, replegó su guerrilla y parapetóse en el monte Aventino, con una retirada digna de Jenofonte.

La Marquesa de Butrón aprovechó tan favorable coyuntura para reanudar su discurso por la parte más espinosa... Era necesario nombrar una junta directiva, y á este propósito iba á leer una candidatura formada con el consejo de personas autorizadas, para sujetarla á la aprobación de todas las señoras presentes.

El golpe era atrevido, y la imposición resultaba manifiesta: preciso era suponer que nadie osaría oponerse á un plan propuesto en su propia casa, por dama tan respetable... El silencio era profundo, y hubiérase podido oir el inquieto pestañear de Butrón y de Pulido, pegados á sus agujeros, los resoplidos que costaba al tío Frasquito mantenerse tieso en su incómoda postura, y los amagos de risa de Diógenes, que metido en la concha del apuntador, frente al telón y de espaldas á la concurrencia, ocultábase á todos, oyendo á unos y otros, y maquinando sin duda algún plan endiablado, que le hacía reirse á sus solas.

La Marquesa sacó un gran pliego, y comenzó á leer esforzando la voz un poco:

—Presidenta: Excma. Sra. Marquesa, viuda de Villasis.

Murmullo general de aprobación... Brusco movimiento

de Currita, y repentina llamarada de ira, de rabia reconcentrada presta á desbordarse en sus claras pupilas... Tras el telón, Butrón sonríe satisfecho y Pulido suspira desahogado: el tío Frasquito sorprendido y acongojado al ver á su reina destronada, pierde el equilibrio y se agarra al telón, poniendo en riesgo el que guardan sus compañeros: mudos ademanes y miradas furibundas de estos le llaman al orden... En la concha, Diógenes hace una mueca que quiere decir: ¡Estáis frescos! y prosigue riéndose solo... La Marquesa de Butrón continúa leyendo:

—Vicepresidenta: Excma. Sra. Condesa de Albornoz.

Silencio profundo... Doscientos ojos escrutadores se fijan en la elejida, é Isabel Mazacán la envía desde lejos un irónico saludito de enhorabuena... Currita se muerde los labios y aparecen estrías sanguinolentas en torno de sus pupilas: un pedacito de encaje del pañuelo resbala por la seda de su falda y cae sobre la alfombra... Tras el telón, Butrón se azora de nuevo, Pulido murmura: ¡lo dije! y el tío Frasquito desiste de velarse el rostro con las manos por miedo de perder de nuevo el equilibrio... Diógenes ha desaparecido de la concha... La Marquesa de Butrón prosigue:

—Vocales: Excma. Sra. Duquesa de Astorga.

Excma. Sra. Condesa de Villarcayo...

Movimiento de horror en las huestes de Zumalacárregui...

Gesto de protesta del caudillo... La agraciada sonríe con una cara de babieca que revela la razón por qué figura en la lista... La Marquesa de Butrón continúa:

—Excma. Sra. Marquesa de Minahonda.

Excma. Sra. D.ª Servanda Molinillos de Martínez.

Modestísimo rubor en el rostro de la agraciada, que extiende las manos y mueve la cabeza, diciendo que no... La

Duquesa de Bara la anima cariñosamente... La García Gómez detiene su indignación, hasta ver si está ella incluída en la lista... Tras el telón Butrón mira á Pulido, y Pulido mira á Butrón, y ambos se rien... El tío Frasquito, envuelto en su dignidad, permanece en cuclillas... Diógenes aparece sobre el tablado, y busca algo junto á la pared, dentro de los bastidores del lado izquierdo... La Marquesa de Butrón prosigue:

—Excma. Sra. Condesa de Macharnudo.

Excma. Sra. Duquesa de Bara...

Recóndito asombro de ésta, al verse incluída en el grupo en que por exigencias de Butrón, habían de figurar tan sólo mujeres honradas... La Marquesa hace una pausa, examina un momento al auditorio, y prosigue leyendo:

—Secretaria: Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla...

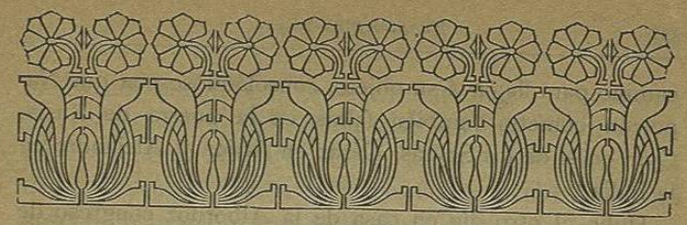
Fogosísimo brinco de Leopoldina Pastor que esperaba la plaza, y enérgico ¡indecente! que revolotea anónimo en el aire, sin saber dónde posarse... Carmen Tagle se desternilla de risa... La agraciada guarda majestuoso silencio, compónese las gafas de oro, y proyecta repasar en la retórica de Marco Tulio, la parte preceptiva de los documentos oficiales... La Duquesa de Astorga la felicita sin pizca alguna de malicia... Tras el telón Butrón espera, Pulido teme, el tío Frasquito medita... Diógenes ha encontrado junto á la pared un cordelito que parece bajar del techo, y lo examina detenidamente... La Marquesa de Butrón concluye:

Tesorera: Excma. Sra. D.ª Ramona Gómez de López Moreno...

Amago de apoplegía en la interesada... La Duquesa consuegra la saluda desde lejos... Grandes cuchicheos que crecen, crecen cual ráfaga de viento huracanado, que comienza

por silbar y acaba por rugir... De repente, crujido misterioso... Silencio profundo... Sorpresa general.

Diógenes ha tirado del cordelito, el telón sube rapidísimo, y aparecen los tres Píramos en cuclillas, Butrón, Pulido y el tío Frasquito, ante los ojos asombrados de aquel centenar de Tisbes... Cuadro final.



VII

La asociación de señoras hizo fiasco, y sólo dos meses más tarde pudo Butrón á costa de trabajo organizar otra nueva, en forma muy distinta, que no dejó de hacer sobre todo en provincias, un agosto abundantísimo. La Marquesa de Villasis habíase negado rotundamente á aceptar la Presidencia; Currita rechazó la humillante oferta de un cargo secundario, con muestras de gran resentimiento; las carlistas, muy indignadas, tiraron por un lado, y las radicalas, muy ofendidas, se fueron por el otro, dejando vacante el canto épico á la caridad que perpetraba en silencio la Excma. Sra. D.ª Paulina Gómez de Rebollar de González de Hermosilla, y vacío el gran bolsón Ponpadour de terciopelo rojo que la señora de López Moreno pensaba encargar á la modista, para recoger las colectas. El Sr. Pulido desplegó las tres falanges de su dedo índice para decir, agitándolo de arriba abajo: ¡Lo dije, lo dije!, y el sesudo diplomático, con la energía de la constancia que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin, tomó por otro